

EL MISTERIO

DE LA

PIEDRA DE JADE



*El misterio  
de la piedra  
de Jade*



Estaba amaneciendo cuando, desde una de las almenas, les vio llegar. Llevaba poco tiempo en ese castillo, herencia de su tío, pero, por lo que se veía, había tardado poco en correrse la voz. ¡Qué poco había podido disfrutar de su tan reciente tranquilidad! Llamó a un grupo de lacayos que pasaba por allí, y les dijo que prepararan la sala del trono para una audiencia. “Hará falta” pensó “Después de tanto tiempo sin utilizarse, a saber en qué estado se encuentra”. Sus criados habían acondicionado gran parte de las numerosas habitaciones del castillo, pero esa era una de las pocas que aún no habían arreglado, no por poca profesionalidad por parte de los criados, sino porque el nuevo propietario del castillo había esperado no tener que utilizarla. Pero, como era de esperar, con la llegada de personas de su antigua vida, aquella que le había causado tantos problemas y que había consumido sus energías y su paciencia hasta el punto de obligarlo a cambiar de castillo, avisando únicamente a algunos de sus más fieles lacayos, llegaban también viejas costumbres, como la de acondicionar una sala únicamente para atender a personas que tuvieran el propósito de entrevistarse con él. Poco después de decirle esto a sus criados, llegó uno de ellos para informarle de que le esperaban para una audiencia en la sala del trono. “Diles que estoy allí enseguida” añadió el señor del castillo como única respuesta, retirándose al momento y dejando al lacayo con la palabra en la boca. Corrió escaleras abajo hasta sus aposentos con el fin de cambiarse para mostrarse ante sus invitados de una forma algo más decente. Hasta ese momento, no se había percatado de que aún vestía su camisón de dormir, debido a que había estado observando el amanecer poco después de levantarse, como venía haciendo todos los días desde poco después de la mudanza a su nuevo castillo, y no se había preocupado en ninguna de esas ocasiones de cambiarse, ya que en ninguna de ellas había esperado recibir a nadie. Pero sabía que, tarde o temprano, llegaría el día en que tendría que recibir a alguno de sus tan aparentemente preocupados familiares o amigos que había descubierto su paradero. Aparentemente porque ellos, tanto familiares como “amigos”, solo se preocupaban de sus propiedades y su dinero ya que, si él se marchaba, no tenían quien les financiara todos sus caprichos. Y lo de aparentemente también se mostraba en que, en vez de ir ellos personalmente, seguramente enviarían a algunos de sus criados, lo que indicaba que su preocupación era únicamente aparente. Apartó de su cabeza estos pensamientos cuando oyó que alguien llamaba insistentemente a la puerta de su habitación. Terminó de vestirse rápidamente y se dirigió hacia la puerta. Abrió cautelosamente y se encontró con uno de sus sirvientes, el que le había dicho anteriormente que le esperaban.

-Señor, los invitados le esperan impacientemente. Querrían saber si la causa de su retraso se debe a que tiene otros asuntos que atender y tendrían que volver en otro momento – dijo el sirviente, con la cabeza gacha y voz temblorosa.

-No, que no se marchen. Comuníqueles a los invitados que en unos minutos estaré con ellos – contestó rápidamente con su voz resuelta justo antes de salir por la puerta dejando al criado a la puerta de su habitación.

Tenía un mal presentimiento. Se dirigió hacia una pared al fondo de la escalera. Tanteó con su mano hasta llegar a una piedra circular en vez de cuadrada, como eran el resto de piedras que formaban la pared, y la presionó. Se oyó un leve sonido, como de algo que se deslizaba y, al mirar hacia delante, la pared había desaparecido. Penetró en la oscuridad, tomando una antorcha que había en una pared, y se volvió para escuchar el mismo sonido detrás de él. Siguió caminando por el pasadizo durante un rato y, al llegar ante una gran puerta de madera maciza, paró en seco. Se acercó y golpeó la puerta débilmente con sus nudillos. La puerta se abrió con un chirrido estridente, seguido de un fuerte viento que le revolvió el pelo. Se

encontraba en una pequeña cueva en cuyo centro había una columna de mármol blanco. Sobre esta descansaba una urna de hierro. La abrió, dejando ver una piedra verde y brillante.



-Sigues aquí, mi preciado jade-comenzó diciendo- Pensé que alguien te había robado, dejándome sin tu protección y tus poderes de...- y paró ya que oyó un ruido, tapando rápidamente la piedra y volviendo sobre sus pasos, sin olvidarse de cerrar la puerta de madera maciza ni la pared deslizante.

Caminó hacia la sala del trono, pero nunca llegó ya que un fuerte golpe acabó con la vida de Blas del Fresno, gran marqués y dueño de aquel castillo.

\*\*\*\*\*

-¡Rápido, vengan!- gritó una sirvienta aterrada- ¡Lo he encontrado!

Y rápidamente se formó un corro de sirvientes a su alrededor, que observaban igual de aterrados que la sirvienta a su señor, ese al que habían estado buscando desde su desaparición el día anterior, tendido detrás de una de las tinajas de vino de su bodega, con una gran brecha en la cabeza y sobre un charco de sangre. Entonces se acercó al corrillo de sirvientes el visitante del día anterior, que resultó ser un médico forense que quería ponerse al servicio del marqués, no uno de los familiares o “amigos” del marqués, y que había colaborado en su búsqueda.

-Está muerto- dijo el forense, confirmando lo que todos suponían - si me dejáis, puedo tomar su cuerpo y estudiarlo para intentar averiguar que ha podido matarlo- continuó diciendo. Todos asintieron, unos más apenados, otros menos- Pues si no os viene a mal, me gustaría empezar ya, antes de que el cuerpo comience a descomponerse.

- ¿Qué necesitará el señor?- preguntó un sirviente.

-Pues con una habitación con una cama y trapos me conformaría- contestó el forense.

El sirviente salió de la estancia con otros tres y el médico forense se acercó al marqués, una vez disuelto el corrillo. Hubo algo que lo extrañó.

-Esta es muy poca sangre para semejante brecha- murmuró sobrecogido- Hay algo que me huele mal en este asunto, y pienso descubrirlo- continuó el forense, cuyo nombre era Alonso, mientras tapaba el cuerpo del marqués con un trapo que le habían traído y transportándolo con ayuda de los sirvientes hasta la estancia que habían acomodado para analizarlo. Lo tendió sobre la cama y cerró la puerta tras de sí al entrar.

\*\*\*\*\*



El mozo de cuadra se acercó al palafrenero mayor.

-¿Me había llamado, señor?- preguntó el mozo de cuadra.

-Sí. Quería comentarte que, respecto a lo del otro día, tú no oíste nada, ¿queda claro?- dijo

el palafrenero mayor, con cara seria y voz fiera- Porque como le digas al medicucho ese algo sobre lo que oíste la otra noche, conseguiré que te despidan. Solo debes tener claro una cosa: yo no maté al señor, y tú sabes que yo sería incapaz de hacerlo.- continuó diciendo el palafrenero-¿Verdad que lo sabes y que no le dirás nada a nadie? -paró para ver que

el mozo asentía asustado-Pues largo.

Y el mozo de cuadra salió corriendo, temeroso de lo que el palafrenero le haría si contaba lo de la otra noche.

\*\*\*\*\*

Llevaba toda la tarde buscando por el inmenso castillo sin resultado. Alonso había decidido buscar la sangre que faltaba en la bodega después de haber analizado el cuerpo y haber sacado conclusiones, como que la brecha la había provocado un golpe seco con algo como una azada. Pero aquel castillo era tan grande que había tardado más tiempo de lo que esperaba, no menos que toda la tarde, en recorrer todos los corredores de dos de las cuatro plantas del castillo. En estos pensamientos estaba ocupado mientras andaba por uno de los corredores cuando algo le sorprendió. En uno de los laterales, como fuera de lugar, había un gran tapiz, pero en ningún otro corredor de los que llevaba viendo toda la tarde había visto elementos de decoración que ocuparían sus paredes. Aquello le parecía muy extraño. Se acercó al tapiz, lo levantó y...

-¡Bingo!- murmuró Alonso- Aquí está lo que buscaba-dijo el forense y acercó la antorcha a la pared en la que estaba lo que buscaba: unas leves pero notables salpicaduras de una sustancia que él reconoció al instante. Era sangre y estaba seca, por lo que era seguro que fuera del marqués. ¡Ya sabía dónde habían matado al marqués! Tapó la pared de nuevo con el tapiz y se quedó un rato mirando esa zona del corredor. Estaba bastante cerca de las escaleras que comunicaban la tercera planta, donde se encontraba la habitación del marqués, y la sala del trono de la segunda planta donde él había estado esperando al marqués la tarde anterior. Pero allí, al fondo de la escalera, había algo. Se acercó y vio de qué se trataba. Era un palo como de antorcha y un poco de ceniza. Observó la pared y volvió a encontrar algo extraño. La pared estaba formada por piedras cuadradas, pero aquella era redonda. Se acercó para tocarla pero en aquel momento llegó corriendo una especie de labrador.

-¡Señor! Me han dicho en la cocina que usted está investigando la muerte del marqués, y yo tengo algo que contarle-dijo el labrador.

-Si no le viene a mal, me gustaría que fuera en otro momento, pues ahora estoy ocupado, señor...-contestó el forense.

-Mi nombre es Jonás. ¡Y debe ser ahora!- exclamó el labrador muy alterado, aunque se relajó un poco al ver la cara de extrañado que había puesto Alonso- Es que a ver si se me olvida algo de lo que le quiero contar- se excusó Jonás.

-De acuerdo- cedió finalmente el forense- Sígame hasta mi habitación.

Los dos hombres se dirigieron a la habitación del forense. Al entrar, Alonso cerró la puerta tras de sí tras revisar que no hubiera nadie por los alrededores.

-Y bien, ¿qué quería contarme?- comenzó diciendo Alonso.

-La noche anterior a la desaparición del marqués, yo escuché algo- empezó a decir el labrador- Oí como el palafrenero mayor hablaba con un hombre y le decía: “¿Cuánto me pagarán por darle esa información y por ayudarles a hacer ese trabajo” preguntó el palafrenero a el hombre con el que hablaba, y el hombre le murmuró algo y se marcharon.

-Eso significaría que... ¡El palafrenero mayor mató al marqués por dinero! Pero, ¿quién le mandó hacer esto?- cuestionó Alonso.

-Yo creo que usted debería ir a por él, detenerlo y preguntarle- sugirió Jonás.

-¡Eso haré!- exclamó el forense. Y salió por la puerta de la habitación de camino al establo.

\*\*\*\*\*

-¿Es usted el palafrenero mayor?- preguntó el médico forense Alonso.

-Sí... ¿Por qué lo pregunta?- dijo el palafrenero.

-Venga usted conmigo. Tengo que hacerle unas preguntas sobre el día en el que murió el marqués- continuó Alonso.

-¿Por qué a mí y no a cualquier otro?- cuestionó el palafrenero.

-Porque es a usted y no a cualquier otro al que escucharon hablando la otra noche y preguntando qué le pagarían por dar información sobre el marqués y por ayudarles a hacer un trabajo- le espetó el forense, que estaba perdiendo los nervios.

-¿¡Quién le ha contado eso!?-exclamó el palafrenero- ¿¡Has sido tú!?- estalló furioso el palafrenero refiriéndose al mozo de cuadra.

-No. Lo juro-musitó aterrado el mozo de cuadra.

-He sido yo-dijo orgulloso Jonás, que acababa de entrar.

-Déjese de cháchara y sígame de una vez- habló el forense, al ver la sorpresa en la cara del palafrenero al ver a Jonás diciendo eso. El palafrenero le siguió hasta una cuadra cercana que estaba vacía.

-¿Por qué se ha sorprendido tanto al oír decir eso a Jonás?-preguntó Alonso.

-Porque cuando hablé con esa persona, solo vi al mozo de cuadra, pero resulta que él también estaba... Créame, señor, yo no maté al marqués. Le diré la verdad. La persona con quién hablé esa noche era un paje de uno de los familiares a los que el marqués no quería ver. La información que querían era que cuál era la habitación del marqués y lo que quería era que ayudara a la persona que enviaba al paje a colarse en el castillo para que pudiera hablar con el marqués-contó el palafrenero.



-¿Y por qué se andaba con tanto secreto?-cuestionó el forense.

-Porque el marqués nos dijo a todos los sirvientes el día que vinimos aquí que no quería que le dijéramos nada sobre él o su paradero a nadie de su antigua vida-explicó el palafrenero.

-Todo va encajando excepto... ¿Por qué Jonás no me contó la parte de vuestra conversación en la que hablabais sobre eso?-reflexionó Alonso- Espera un momento... Jonás insistió mucho en hablar conmigo en el momento en el que iba a tocar aquella piedra circular de la pared. Y parecía como si no quisiera que la apretara y cuando me contó eso insistió mucho en que tú eras el culpable-continuó el médico forense- Señor palafrenero, creo que he cometido un error acusándole como el asesino. Creo que he cometido un error interpretando todo este misterio. Si mis conclusiones no son fallidas, el verdadero asesino es... ¡Jonás!-y salió corriendo de la cuadra, camino del castillo. Cuando llegó, corrió escaleras arriba hasta la segunda planta y aquí se detuvo. Se dirigió hacia la piedra circular, la apretó y la pared se deslizó para mostrar un pasadizo. Corrió por el hasta llegar ante una puerta de madera maciza que estaba abierta y que daba a una especie de cueva donde había una columna de mármol que en su lado derecho tenía una urna de hierro y sobre ella una piedra verde y brillante que tenía encima los dedos de Jonás, que cogió la piedra e hizo ademán de salir a correr, aunque no pudo porque Alonso reaccionó más rápido y lo detuvo.

-¡Eh! ¿¡Dónde crees que vas!?-gritó Alonso.

-¡Escaparé con la piedra!-dijo Jonás.

-¿Por qué mataste al marqués?-preguntó Alonso.

-Porque cuando me dirigía a la salida del castillo después de que me despidieran, lo vi meterse por el pasadizo, y decir que la piedra era un jade mágico. ¡Pero no consigo descubrir su poder!-estalló Jonás. Había un brillo de locura en su mirada.

-¡Estás enfermo! Has matado un hombre por una piedra cuyo poder desconoces-exclamó el médico forense.

-Pero seguirá pensando en ese poder en un calabozo-dijo el jefe de las autoridades, al que había llamado el palafrenero- Jonás, quedas condenado de por vida por haber matado al marqués Blas del Fresno-continuó diciendo el hombre mientras ordenaba a otros dos que lo cogieran. Pasados unos meses de la muerte del marqués estaba hablando el médico forense, que había sido admitido por el nuevo marqués, con el palafrenero mayor, que era muy amigo suyo y que se llamaba Simón.

-¿Sabes Simón? Hay una duda que tengo sobre algo que dijo Jonás antes de que se lo llevaran-dijo Alonso.

-¿Cuál?-preguntó su amigo.

-Me dijo que el marqués había dicho que la piedra tenía poderes- comenzó el forense- pero llevo todos estos meses estudiando esa piedra y no he visto nada extraño en ella.

-Sería un secreto del marqués-sugirió Simón.

-Sí. Y ese secreto se lo llevo a la tumba-terminó Alonso.